Está rayando el alba, los gorriones alborotan en las ramas de los naranjos cercanas a la carretera y se baten en fulgurantes escaramuzas sobre los tejados aislados. La brisa matinal expande un intenso perfume de azahar, levanta la frescura benéfica y lustral del rocío y de las sombras, todavía densas, estilizadas. Tres muchachos muy jóvenes avanzan en fila india, sin hablar. Ninguno de ellos tendrá más de doce años, demasiado pocos para encontrarse en el campo a esa hora temprana. Sin embargo, han caminado durante toda la noche. Han recorrido en tinieblas, bajo el azote monótono de la lluvia, un valle dormido, de punta a punta. Han atravesado pueblos entre dos luces, en los que su paso taciturno, indiferente al somnoliento rebullir de las calles, infundió sospechas. Andan como autómatas, olvidados del cansancio y hasta de las piernas, empleada tan sólo su voluntad en el verbo llegar, conjugado en los tiempos más convenientes, en todas las personas posibles, aplicado a las perífrasis adecuadas.

 Al amanecer, mientras se difunde el rosicler de la aurora, llegan al pie de la montaña y, sin comentario alguno, sin mirar siquiera hacia los blanquinosos riscales de las cumbres, se disponen a iniciar la ascensión. Progresivamente la pendiente se va acentuando, el camino comienza a serpentear entre los naranjales, evocando la fatiga perdida en los meandros uniformes de una noche sin paisaje y sin sueños. Los mirlos entran y salen como flámulas negras de las higueras plantadas junto a las casas solitarias, silban y gritan, se dejan caer al suelo como pesadas sombras maduras. Tras las figuras de los jóvenes caminantes, el panorama va tomando fondo por encima de las ramas altas de los árboles, va surgiendo un campanario, un pueblo pálido, desblanquecido, en el que todavía brillan unas luces cobrizas, los arrozales cruzados por la línea glauca de los plátanos de sombra señalando el trazado de la carretera, clavándose como una lanza en el costado de Sajará, y finalmente el mar con la bola roja del sol emergiendo más allá de sus aguas matizadas por un azul verdoso, rielando con lenguas de fuego, tiñendo primero de rosa pastel, e incendiando después, como carbunclos, las escarpadas peñas que le forman la cara a ese inmenso caballo tordo, de piedra, amenazando con encabritarse y corcovear si acaso es deslumbrado por un intersticio de las anteojeras.

 En ese punto se despertó y a poco había olvidado su sueño.

 Martes, ni te cases ni te embarques. Salmodiando, jacarero, el trillado sonsonete, Guillermo Trilla apoyó los pies en el suelo, enfiló las zapatillas, pero no se movió. El aleteo de una incógnita que no lograba despejar, ni siquiera ubicar en su contexto, agitaba molinetes por encima de su cabeza obligándole a permanecer inmóvil, indeciso, como tratando de recordar algo importante. Tal vez algo que hubiera soñado.

 Comoquiera que no lograba encontrar un punto de apoyo en su memoria, se irguió, dando su lengua al gato. A algún gato negro que debía merodear cerca de la casa, por supuesto. Nada que hacer, exclamó para sí, desalentado, exhumando enseguida la conocida frase de Freud: *« Cuando el estado de sueño ha sido superado, la censura se restablece rápidamente en su pleno vigor y puede entonces destruir lo que le ha sido arrancado en el momento de su debilidad. »*

 Siempre había tenido la sensación de no estar completamente solo dentro de sí mismo. Sin embargo, intuitivamente, descartaba la eventualidad de que se tratara de algún sueño escabroso, por lo que ganaba la quimera de haber dejado pasar una premonición, algo así como un pedazo de papel arrugado, hecho una bola, que caía precipicio abajo conteniendo un mensaje hermético. Aunque en realidad nunca había tenido tales premoniciones, ni albergaba la menor idea de cómo descifrarlas. ¿O sí las había tenido, y descifrado, viéndose después forzado a olvidarlas como sucede con los sueños? A propósito de este tema, estaba seguro de que Schopenhauer había escrito algo muy preciso en alguna parte, abonando la última hipótesis y se prometió buscarlo más tarde.

 Abrió la ventana y tras ella los postigos para asomarse a un día con muy poco incentivo. El cielo apareció encapotado y bajo, el ambiente glacial. Buscó un fondo oscuro por ver si descubría algún copo furtivo, pero ni la más leve partícula se atrevía a turbar la quietud de una atmósfera en la que flotaba un mundo a la expectativa, un bosque de robles erizado de brazos desnudos e inmóviles, un jardín, un seto, alguna casa colgada del mazacote gris por una columna de humo blanco.

 Bajó a desayunar escuchando las noticias y esta vez quedó consternado, congelado a pesar del nutrido fuego que ardía en la chimenea. Había caído la gota que desbordaba el vaso. Ya no era posible diferir más la constatación de unos hechos que saltaban a la vista. La guerra, convino, había sido siempre un jinete del Apocalipsis, mas ahora se presentaba ante la opinión pública sin rostro a causa de una incapacidad general para atribuirle un solo rasgo, ya sea humano o animal. Jinete aún, si se quiere, pero con pasamontañas. Y con ello andamos, según parece, por las calendas del siglo XXI, período en que la humanidad contaba expedir los primeros pasaportes de Utopía. ¡Vive Dios que hemos hecho progresos aleccionadores en estos últimos tiempos! En lugar de habitar la Jerusalén celeste o poco menos, tal como habíamos previsto en nuestras locas elucubraciones, henchidas de vanidad, nos hallamos inmersos en el reino de Trapisonda. Muy lejos queda ya en la memoria de unos pocos, inopinadamente contrahecha, como las extravagantes quimeras que componen las nubes antes de ser descoyuntadas por el viento, la deplorable confianza en sí mismo del hombre que vivió allá por la segunda mitad del siglo XX. *Tempus edax rerum.*

 Trilla se levantó y apagó el televisor, tan insoportables eran las imágenes que desfilaban en la pantalla. Ni en sus peores pesadillas hubiera podido imaginar tanto horror. Claro que era preciso reconocer que él había pecado de ingenuo como el que más, como casi todos los demás por otra parte, aunque unos con mayor intensidad y amplitud que otros y él era precisamente de los unos, sólo que sin hache, quienes también venían del norte e incluso habían tenido alguna vez su Atila, si bien no para enfrentarlo a un Teodosio II sino a una especie de Nerón con aviación y carros blindados, detalle que suele olvidarse con frecuencia a pesar de que no lo exima de nada, pero cuya misión no era la de asolar ni la de impedir el crecimiento normal de la hierba, buena o mala, ni siquiera la de hacer desaparecer todos los manuscritos de la antigüedad, sino que venían para construir nada menos que la panacea universal, un remedio santo para las inquietudes de los hombres y ya estaban ahí, además, ¿cómo es posible que casi nadie pudiera verlos ?

 A pesar de todo, bien podía flagelarse con el cilicio de su propia ironía, que no por ello lo que acababa de ver en aquella caja de Pandora dejaba de ser inimaginable, inconcebible desde cualquiera de los positivismos en boga tan sólo un puñado de años atrás. El hombre del siglo XX no tenía punto de comparación con los bárbaros de los tiempos pretéritos. El *homo sapiens* había sido superado, los apretados compendios de cualidades morales que hoy saludamos cortésmente a lo largo de las calles configuran, por lo menos, al *homo sapiens sapiens sapiens.* De lo cual se desprende fácilmente que la existencia de millones de hombres pasados por el mundo en estos últimos tiempos, incluido él por supuesto, Guillermo Trilla cuya vida tenía que seguir asumiendo, no ha servido para mejorarlo. Acaso sí para lanzarlo a una pesadilla sin precedentes.

 Subió lentamente, desmedrado, a su despacho. No sabía en verdad qué decirse para remontar su ánimo abatido. Algo bueno debían tener los martes a pesar de la mala publicidad que se les suele achacar, al menos los martes que le han sido conferidos ese año escolar, terminó aduciendo en su fuero interno, como una concesión involuntaria a la trivialidad que siempre está al acecho tratando de colarse en la consciencia al igual que los gatos negros en la casa, y era que no debía ir al instituto hasta bien entrada la media tarde, para dar tan sólo dos clases ; la puerilidad de dicho propósito sirvió para afligirlo todavía más.

 Tomó asiento ante su mesa de trabajo, sacó recado de escribir y se dispuso a continuar su tarea allí donde la había dejado el domingo (el lunes, el jueves y el viernes eran un paréntesis en la escritura, tal vez en la vida). Pero ¿cómo seguir escribiendo sin mencionar el nudo que aún tenía en el estómago? Hacerlo, en cambio, participaría acaso del mismo género de inutilidad que el de mezclar, cual solía hacerse cuarenta años atrás, las cosas de la literatura con la prédica de la panacea universal y del remedio santo. Dando pábulo, además, a quienes no dejarían de aducir, probablemente puestos en razón, el viejo reproche de que con buenas intenciones se hace mala literatura. Así pues, nos vemos abocados, mal que nos pese, a la antitética proposición de que, si bien arte es selección, ello implica en ocasiones, especialmente por los tiempos que corren, omisiones macizas.

 Aun consciente de que no era una solución duradera, se dejó rescatar, una vez más, por la frivolidad: «Sobre la conciencia –había oído decir- que me pongan todo el peso que quieran, pero sobre el hombro ni un cuarto de kilo », postergando de modo infame, cierto, una toma de posición lancinante, tal vez necesaria, aunque no estaba seguro.

 Recordó de repente que aquella mañana se había propuesto rastrear una frase en Schopenhauer, por poco se le olvida, y barruntaba que la iba a encontrar en el volumen *«Estética y metafísica».* Lo hojeó durante un rato hasta dar con la muela picada en el ensayo titulado: *«Pensamientos referentes al intelecto».* Fue recorriendo con el dedo, muy despacio, un pasaje de este tenor: *«El tiempo es esa organización de nuestro intelecto en virtud de la cual lo que concebimos como futuro no parece existir en la actualidad: ilusión que desaparece cuando el futuro se convierte en presente. En algunos sueños, en el sonambulismo clarividente y en la doble vista, esta forma ilusoria es momentáneamente anulada; entonces el futuro se representa como actual. Ello explica cómo las tentativas hechas a veces para hacer aparecer deliberadamente vanas, incluso en los detalles más fútiles, las predicciones de las personas dotadas de doble vista, han tenido que fracasar. Ya que estas personas han visto la cosa en la realidad misma que entonces existía ya, de igual modo que nosotros percibimos lo actual; a esta cosa le pertenece pues la misma inmutabilidad que al pasado. »*

 El tiempo no era por tanto para el filósofo germano, como lo fue para el latino Ovidio, *“el devorador de todas las cosas.”* O no lo será acaso cuando concluya la pieza que actualmente estamos representando con mayor o menor fortuna y dedicación.

 Alzó los ojos hacia la ventana para contemplar unas nubes que ya estaban en otros cielos, sobre otros países, conformando símbolos distintos, igualmente enigmáticos, en la retina de otras gentes, supuesto que exista de verdad alguien fuera de ese mundo trapacero que parece creado en exclusiva para cada uno, donde los demás personajes dan la impresión de no tener otro objeto que el de servir de escarmiento. Una urraca sobrevolaba los rastrojos y se había posado ya en la rama más alta del abedul; un coche circulaba simultáneamente por cada uno de los puntos de la carretera. Él había escrito todas sus novelas o no había escrito ninguna; se hallaba en las playas doradas de Sajará, al tiempo que aplastaba sin ruido las hojas húmedas en los bosques umbríos de Normandía, bajo la charolada mirada del ciervo que escruta con calma los vericuetos de su huida; circundado de llamas prendidas por el sol radiante, reverberando en los arrozales anegados, y envuelto en espesos girones de niebla, percibiendo el chapaleo de aves acuáticas sobre la superficie de lagos invisibles. Podía ver asimismo la conclusión del arduo trabajo de la agonía, gustando las aguas amargas de la muerte, y estaba vivo en tanto que sus cenizas perdían materia, hasta convertirse en aire sólo.

 ¿Pero qué diablos había estado soñando?

 Ese martes por la tarde, al volver del instituto, se conectó de inmediato a internet para enviarle a Claudine como fichero adjunto la lista de sus alumnos que debían pasar la prueba blanca de español oral, pues se había enterado de que la necesitaba con urgencia, en orden a completar la redistribución de los examinandos, de tal modo que ninguno de ellos fuera evaluado por su propio profesor. Tarea que le pertenecía por derecho propio en su calidad de coordinadora del departamento. Son los gajes de la gloria. Dado que, por economía de tiempo y esfuerzo, tanto como de horas de sueño, pues era éste un cónclave con marcada tendencia por la nictalopía, solían repartirse las convocatorias del Comité de Hermanamiento, añadió : « mañana voy yo a la reunión ». Mas luego, considerando que se trataba de la reunión preparatoria de la asamblea general, tecleó todavía una coda: « nos vemos el jueves, o mañana, si aún persistes en asistir ».

 Mientras efectuaba las manipulaciones de desconexión de la red y del aparato, reflexionó a propósito del paso que se proponía dar al día siguiente. Apagó el flexo y su rostro quedó teñido por una luz índigo proveniente de la pantalla, que permaneció encendida durante unos segundos más.

 Tres años de trabajo, afortunadamente discontinuo e irregular en cuanto a su intensidad, consumido en formalidades a veces superfluas cuyo exceso había llegado el momento de pagar con este aplazamiento *sine die* que tal vez no tarde en presentarse con su verdadero nombre, reuniones a horas intempestivas, recepciones para las que siempre le ha faltado vocación, gestiones diversas, traducciones orales y escritas que le hicieron perder un tiempo que él hubiera preferido emplear en su creación personal las segundas y los nervios las primeras, semanas enteras de poco dormir sembradas de comidas de trabajo y cenas de gala, exquisitas cierto, pero con notable perjuicio para el hígado y demás vísceras también personales, culminaban estrepitosamente en agua de borrajas.

 Se levantó para dirigirse a la ventana, desde donde se puso a contemplar la inmensidad cerúlea, ligeramente enrojecida por el oeste y limpia esta vez en toda su pulida extensión del menor retazo de nube. Su mirada fue atraída poderosamente por las bolas brillantes de Venus y de Marte; mucho más arriba, siguiendo el arco de la eclíptica, lucía Júpiter, enigmático.

 El breve episodio de nieve parecía haber concluido. La víspera había nevado abundantemente, si bien el suelo estaba demasiado caliente para que llegara a cuajar. El martes, mientras él se encontraba en el instituto, cayeron unos copos minúsculos espolvoreando el suelo, pero desapareciendo poco tiempo después. Tan sólo los tejados quedaron blanqueados con una capa leve de alcorza.

 No acertaba a determinar si en verdad se sentía aliviado o no por el advenimiento de un final semejante. Aliviado probablemente sí, pero no sin una pizca de decepción sobre su estado de ánimo. Es cierto que, de no haberse malogrado el proyecto, hubiera sido menester transigir aún por mucho tiempo con aquellas esporádicas interrupciones en ese remanso de paz, esto último al menos en teoría, pues como dijo Unamuno, cuando se es padre de familia, más vale creer en Dios Padre, balizado por las horas de trabajo en el instituto, del que pese a todo conseguía retirar una porción, exigua pero suficiente, para la lectura y la escritura, prerrogativa que había defendido siempre con uñas y dientes frente a las múltiples intrusiones de toda índole. Además, se veía bruscamente liberado de un cierto tipo de vida social para el que, ni se sentía preparado, ni albergaba en modo alguno el menor deseo de estarlo. Por otra parte, siempre hay una otra parte para destruir la felicidad, después de catorce años de ausencia, interrumpida tan sólo durante los breves períodos de vacaciones escolares, había llegado a comprender el alcance exacto del papel que desempeñaba Sajará en su vida, incluso des idealizándolo, poniendo en evidencia los aspectos negativos, las decepciones y los fiascos de una adolescencia y juventud agridulces, la verdad cruda es que Sajará, vislumbrada desde la lluviosa y turbia Normandía, vislumbrada desde cualquier parte, representaba, con su tibia luminosidad, el paraíso perdido en el que los ojos maravillados descubrían un mundo todavía no desprovisto de autenticidad, bajo un cielo invariablemente añil al que entonces, es cierto, prestaba poca atención pues era un bien profuso, una gracia *gratis data*, mundo hecho todavía para la vida y no para el progreso, extraviado para siempre tal vez con la promesa de otro paraíso interior y no solamente en esos lares. Pero en aras del recuerdo, Sajará es la Ítaca a la que no hay más remedio que regresar, si ya no para vivir, al menos para morir.

 Sajará, esa ciudad de Occidente con nombre africano, de cultura latina y arqueología árabe junto a los fundamentos de las casas, la había conocido él más mora que nunca y más cristiana que el credo, ¿o debería decir católica ?, bajo el pesado sol del franquismo, envuelta en el marasmo agobiante y sempiterno del régimen, en el polvo levantado por los carros de antaño regresando incontables al anochecer, en el aire húmedo de los tremedales empujado por la brisa marina, salado aliento del mediterráneo azul radioso que brama en sus playas, siempre con sol, siempre enjoyeladas, esplendentes, bajo el sol. Sajará, hebra de la memoria, tejido del recuerdo.